Thomas Rid

DESINFORMACIÓN Y GUERRA POLÍTICA

«El siglo XX fue una época de engaños, falsificaciones y conspiraciones inventados por los servicios de espionaje más formidables del mundo. Este libro está lleno de grandes historias que aportan a los acontecimientos contemporáneos el contexto histórico que hasta ahora faltaba.» **Anne Applebaum**

CRÍTICA

Thomas Rid

Desinformación y guerra política

Historia de un siglo de falsificaciones y engaños

Traducción de
Yolanda Fontal

Crítica
Barcelona

Primera edición: marzo de 2021

Desinformación y guerra política. Historia de un siglo de falsificaciones y engaños
Thomas Rid

Título original: *Active Measures. The Secret History of Disinformation and Political Warfare*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-277-6
Depósito legal: B. 1.658-2021
2021. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico
y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

¿Qué es la desinformación?

En marzo de 2017, el Comité de Inteligencia del Senado de Estados Unidos me invitó a declarar en la primera audiencia pública de expertos sobre la injerencia rusa en las elecciones presidenciales de 2016. Los miembros del comité, de ambos partidos, querían que los ayudara a presentar ante la opinión pública estadounidense las pruebas forenses disponibles que implicaban a Rusia, pruebas que en ese momento todavía generaban mucho debate entre la población en general y que, por supuesto, el Gobierno ruso negaba, al igual que el presidente de Estados Unidos. La situación no tenía precedentes.

Los otros dos testigos eran Keith Alexander, exdirector de la Agencia de Seguridad Nacional, y Kevin Mandia, director general de FireEye, una empresa líder de seguridad informática. Justo antes de que comenzara la audiencia, un miembro del personal nos llevó desde la sala de espera hasta el estrado. Todos los demás ya estaban sentados. Al entrar, me fijé en la hilera de senadores que teníamos delante. Estaban presentes casi todos los miembros del comité y sus caras me resultaban familiares. La sala estaba abarrotada; los fotógrafos de prensa, agachados en el suelo con sus cámaras colgadas del cuello, fueron invitados a salir. Por un momento los envidié.

Los senadores estaban sentados detrás de una enorme y pesada mesa de madera semicircular que parecía invadir el terreno de los testigos. Al principio de la audiencia, poco después de nuestras declaraciones iniciales, el senador demócrata por Virginia Mark Warner nos preguntó si albergábamos «alguna duda» respecto a que agentes rusos hubieran hackeado el Comité Nacional Demócrata y sobre la opera-

ción de desinformación que tuvo lugar durante la campaña. Querían una respuesta breve y la medité mientras hablaban Mandia y Alexander. Las pruebas forenses digitales que había visto eran sólidas: una serie de piezas (no muy diferentes a las huellas digitales, los casquillos de bala y las matrículas de los vehículos a la fuga en la escena de un crimen) apuntaban claramente a la inteligencia militar rusa. Sin embargo, pese a las pruebas, el delito parecía abstracto, hipotético e irreal. Entonces pensé en una conversación que había mantenido solo dos días antes con un antiguo agente de inteligencia y especialista en desinformación del bloque soviético.

De camino a la audiencia del Senado en Washington, me había detenido en Boston. Hacía un frío intenso. Conduje hasta Rockport, un pueblecito situado en la punta del cabo Ann, al que rodea por tres lados el océano Atlántico. Ladislav Bittman había accedido a reunirse conmigo en su estudio en esta población. Bittman, que murió un año y medio más tarde, fue posiblemente el desertor del bloque soviético más importante que haya declarado y escrito sobre la disciplina de la desinformación. Un exjefe de la poderosa unidad de desinformación del KGB elogió en una ocasión el libro que Bittman publicó en 1972, *El KGB y la desinformación soviética: panorámica desde el interior*, al que calificó como uno de los dos mejores libros sobre el tema.[1] Bittman había desertado en 1968, antes de que se hubiera inventado siquiera un prototipo experimental de internet y siete años antes de que yo naciera.

Estuvimos hablando toda la tarde en una habitación tranquila revestida con paneles de madera. Bittman era calvo, con el rostro arrugado y unos ojos juveniles. Escuchaba atentamente, se detenía a pensar y hablaba con prudencia. De hecho, la memoria y la atención de Bittman a los detalles eran intimidatorias y no contestaba mis preguntas si no sabía cómo hacerlo. Estaba impresionado. Bittman me explicó cómo en los años sesenta se habían creado burocracias enteras en el bloque oriental con el objeto de tergiversar los hechos y cómo se propusieron, autorizaron y evaluaron esos proyectos. Me contó que aprendió a mezclar datos fidedignos con otros falsos; que para que la desinformación funcione, debe «responder al menos parcialmente a la realidad o al menos a puntos de vista aceptados». Me explicó que la filtración de documentos había sido «un procedimiento ordinario en las actividades de desinformación» durante más de medio siglo. Calculaba que las operaciones individuales de desinformación durante la guerra fría superaban las diez

mil. Y concretó los ejemplos con historias: la de un grupo neofascista alemán ficticio cuyo logo era una hoja de roble, la de unos documentos nazis falsos escondidos en un lago forestal en Bohemia, la de los planes de guerra nuclear estadounidenses filtrados una y otra vez por toda Europa, la de un falsificador soviético de obras de arte nervioso en un club de estriptís de Praga. Este anciano cuidadoso y reflexivo me enseñó más sobre el tema de mi próxima declaración que cualquier informe técnico de inteligencia que hubiera leído o cualquier conexión forense digital que pudiera establecer. Hizo que fuera real.[2]

A principios de 2016 me encontraba inmerso en una amplia investigación técnica de dos años sobre la Operación Moonlight Maze, la primera campaña conocida de espionaje digital entre Estados de la historia, una ola de espionaje ruso prolífica y de alto nivel que comenzó a mediados de los años noventa y no cesó nunca. Con suerte y persistencia logré rastrear uno de los servidores reales utilizados por los agentes rusos en 1998 para diseñar una amplia intrusión en centenares de redes del Ejército y el Gobierno de Estados Unidos. Un administrador de sistemas jubilado había conservado debajo de su escritorio el servidor, una máquina aparatosa y vieja, en su casa en las afueras de Londres, junto con los archivos de registro originales y herramientas de hackeo rusas. Fue como encontrar una máquina del tiempo. Los artefactos digitales de Londres contaban la historia de una vasta campaña de hackeos que incluso se podía relacionar desde el punto de vista forense con actividades de espionaje recientes. Nuestra investigación mostraba la persistencia y las capacidades que las grandes agencias de espionaje ponen sobre la mesa cuando hackean redes informáticas. Esas grandes agencias de espionaje que habían invertido en la cara recopilación técnica de inteligencia de señales durante la guerra fría parecían ser especialmente buenas a la hora de hackear y observar cómo lo hacían otros.

Luego, el 14 de junio, saltó la noticia de la irrupción en la red informática del Comité Nacional Demócrata. La reducida comunidad de personas que investigan las intrusiones en las redes informáticas de alto nivel tuvo pocas dudas a partir de ese día de que nos encontrábamos ante otra operación de inteligencia rusa. Los artefactos digitales hacían descartar cualquier otra conclusión.

Al día siguiente comenzaron las filtraciones y también las mentiras. De pronto apareció una cuenta online creada apresuradamente en la

que se afirmaba que un «hacker solitario» había sustraído archivos de los demócratas en Washington. La cuenta publicó algunos archivos robados para demostrarlo; en realidad, aportaban pruebas de que la filtración era real, pero no de que el filtrador fuera quien aseguraban que era. Para el día 16 de junio ya era evidente que algunos de los agentes de inteligencia más experimentados y agresivos del mundo estaban intensificando un ataque encubierto contra Estados Unidos.[3]

Durante los días y las semanas siguientes, fui observando la injerencia en las elecciones a medida que se iba desarrollando, recopilando cuidadosamente algunos de los rastros digitales que los operadores rusos iban dejando tras de sí. A principios de julio decidí escribir un primer borrador de esta extraordinaria historia. Publiqué dos artículos de investigación sobre la campaña de desinformación en curso: el primero a finales de julio de 2016, el día de la Convención Demócrata, y el segundo tres semanas antes de las elecciones generales. Sin embargo, me di cuenta de que no estaba bien preparado para la tarea. Tenía buenos conocimientos del espionaje digital y de su historia, pero no de la desinformación, de lo que los profesionales de inteligencia suelen llamar «medidas activas».

Vivimos en una época de desinformación. Se roba correspondencia privada y se filtra a la prensa con fines malintencionados; se inflaman online las pasiones políticas para ensanchar las divisiones existentes en las democracias liberales; los perpetradores siembran la duda y niegan las actividades maliciosas en público al tiempo que las incrementan encubiertamente en la sombra.

Esta era moderna de la desinformación comenzó a principios de los años veinte del siglo XX, y el arte y la ciencia de lo que la CIA una vez llamó «guerra política» fue creciendo y cambiando en cuatro grandes oleadas, cada una en una generación. A medida que la teoría y la práctica de la desinformación fueron evolucionando, también lo hicieron los términos que describían lo que estaba sucediendo. La primera oleada de desinformación empezó a formarse en los años de entreguerras, durante la Gran Depresión, en una época en la que el periodismo, transformado por la radio, se volvió implacable y adoptó un ritmo rápido. Las operaciones de influencia de los años veinte y principios de los treinta fueron innovadoras, conspirativas, retorcidas y anónimas por el momento. Las falsificaciones de este período fueron muchas ve-

ces un arma de los débiles y algunas estuvieron dirigidas a un tiempo contra la Unión Soviética y contra Estados Unidos.

En la segunda oleada, después de la segunda guerra mundial, la desinformación se profesionalizó y los organismos de inteligencia estadounidenses estuvieron a la vanguardia de las operaciones agresivas y sin escrúpulos, agravadas por la violencia persistente de la guerra mundial. La CIA llamó a esta combinación de revelaciones secretas veraces, falsificaciones y subversión directa del adversario «guerra política», una denominación amplia y ambiciosa. La guerra política fue más letal en Berlín en los años cincuenta, justo antes de que se construyera el muro. El bloque oriental, en cambio, prefería por entonces el nombre más veraz y preciso de «desinformación». Independientemente de la denominación, los objetivos eran los mismos: exacerbar las tensiones y contradicciones existentes en el seno del cuerpo político del adversario utilizando hechos reales y falsos y, a poder ser, una desconcertante combinación de ambos.

La tercera oleada llegó a finales de los años setenta, cuando la desinformación pasó a estar bien dotada de recursos, perfeccionada y gestionada, elevada a una ciencia operativa de proporciones mundiales, administrada por una maquinaria burocrática vasta y bien engrasada. Para entonces, los servicios de inteligencia soviéticos y los organismos satélites del bloque oriental ya utilizaban ampliamente la expresión «medidas activas». El nombre tuvo buena acogida y, de hecho, era bastante elegante, ya que ayudaba a reflejar una tendencia conceptual e histórica más amplia: después de 1960, las medidas se fueron volviendo cada vez más activas y el Este iba ganando la partida. Después se produjo la caída de la Unión Soviética y empezó a desvanecerse cualquier sentimiento de superioridad ideológica que pudiera quedar.

La cuarta oleada de desinformación fue formándose lentamente y alcanzó su momento álgido a mediados de la década de 2010, cuando renació y fue reconfigurada por las nuevas tecnologías y la cultura de internet. El viejo arte de la influencia psicológica pausada, altamente cualificada, cercana y laboriosa se había vuelto acelerado, poco cualificado, lejano y desarticulado. Las medidas activas no solo eran más activas que nunca, sino también menos moderadas, tanto que la propia expresión se volvió controvertida e incierta.

Para sobrevivir a esta época de engaño profesional organizado es necesario volver a la historia. El desafío es enorme, ya que la desinfor-

mación corroe los cimientos de la democracia liberal, nuestra capacidad para evaluar los hechos de manera objetiva y aplicar la autocorrección en consecuencia. No es un riesgo nuevo. Sin embargo, el ajetreo del ciclo incesante de noticias hace que todo parezca novedoso, de última hora, precipitado; los órdenes establecidos parecen fugaces, los puntos de vista viran hacia los extremos y se abren nuevas fisuras. Se ha dicho con demasiada frecuencia que la crisis de nuestras democracias occidentales no tiene precedentes. Esta sensación de novedad es una falacia, una trampa. La injerencia en las elecciones de 2016 y la renovada crisis de los hechos tienen un preludio centenario y, sin embargo, desprevenidos e inconscientes, la mayoría de los demócratas antes de las elecciones de 2016 y la mayoría de los republicanos después de las mismas subestimaron y minimizaron los riesgos de la desinformación. Y a la inversa, muchos analistas que siguieron de cerca la muy controvertida investigación del fiscal especial entre 2017 y 2019, sin ser todavía plenamente conscientes de los riesgos después de las elecciones de 2016, acabaron sobrevalorando y acentuando los efectos de una campaña conflictiva que, aunque mal ejecutada, estaba concebida para ser sobreestimada. El mejor, y en realidad el único, antídoto potente contra estas trampas es estudiar la rica historia de la guerra política. Solo evaluando de manera minuciosa y precisa el fantástico pasado de la desinformación podemos comprender el presente y solucionar el futuro. Una investigación histórica sobre el aumento de las medidas activas revela una historia intrínsecamente moderna, una historia estrechamente vinculada a las principales tendencias culturales y técnicas de los últimos cien años.

El siglo xx fue un vasto laboratorio de pruebas de la desinformación y la mentira profesional organizada, sobre todo durante los años de entreguerras y la guerra fría, y, sin embargo, los estudiosos occidentales y el público en general han optado en buena medida por ignorar la historia del engaño organizado. Los historiadores suelen preferir contar historias verdaderas a volver a contar historias falsas. Hay algunas excepciones; recientemente se han documentado bien varios episodios, por ejemplo, la historia de la carta de Zinoviev,[4] una falsificación de 1924 que acabó convirtiéndose en un gran escándalo político en Gran Bretaña, o el persistente bulo de los años ochenta de que el sida era un arma inventada por el ejército estadounidense.[5] La campaña menos agresiva de operaciones culturales encubiertas de la CIA a principios de la guerra fría, de la que la más famosa es el Congreso de

Libertad Cultural, se ha analizado a fondo.[6] El engaño militar en la guerra también está bien documentado.[7] Sin embargo, la mayoría de las operaciones de desinformación del siglo XX simplemente han sido olvidadas, incluidas algunas de las más amplias y exitosas. Las democracias liberales del siglo XXI ya no pueden permitirse olvidar este pasado. Si se ignoran las ricas y perturbadoras lecciones de las campañas de desinformación a escala industrial de la guerra fría se corre el riesgo de repetir los errores de mediados de siglo que ya están debilitando a la democracia liberal en la era digital.

Reconocer una medida activa puede resultar complicado. La desinformación, si se hace bien, es difícil de detectar, sobre todo cuando se hace pública por primera vez. Así pues, será útil aclarar qué es una medida activa y qué no.

En primer lugar, y lo que es más importante, las medidas activas no son mentiras espontáneas de los políticos, sino el producto metódico de grandes burocracias. La desinformación era, y en muchos sentidos lo sigue siendo, un dominio exclusivo de los servicios de inteligencia, gestionados profesionalmente, continuamente mejorados y utilizados normalmente contra adversarios extranjeros. En segundo lugar, todas las medidas activas comportan un elemento de desinformación: el contenido puede ser falso, la fuente puede estar manipulada y el método de adquisición puede ser encubierto; los agentes de influencia y los intermediarios pueden fingir ser algo que no son y las cuentas online involucradas en la salida a la luz o la amplificación de una operación pueden no ser auténticas. Y en tercer lugar, una medida activa siempre está orientada a un fin, por lo común debilitar al adversario específico. Los medios pueden variar: crear divisiones entre naciones aliadas, exacerbar las diferencias entre grupos étnicos, crear fricciones entre individuos de un grupo o un partido, socavar la confianza que grupos específicos de una sociedad tienen en sus instituciones. Las medidas activas también pueden estar orientadas hacia un objetivo único y limitado: por ejemplo, socavar la legitimidad de un gobierno, la reputación de un individuo o el despliegue de un sistema de armamento. A veces los proyectos están concebidos para facilitar la adopción de una decisión política concreta.

Estas características, que son fáciles de malinterpretar, dan lugar a tres concepciones erróneas muy extendidas acerca de la naturaleza de la desinformación, que es considerada, por lo general, como sofisticada, basada en la propagación de noticias falsas y que ocurre en la esfera pública.

En realidad, casi todas las operaciones de desinformación son imperfectas a propósito, dirigidas no por perfeccionistas, sino por pragmáticos. Las medidas activas son contradictorias: son operaciones encubiertas concebidas para lograr una influencia manifiesta, dispositivos secretos utilizados en debates públicos, cuidadosamente ocultos, pero visibles a simple vista. Esta tensión intrínseca tiene consecuencias operativas. Durante décadas, los especialistas en trucos sucios de diversos organismos de inteligencia, del Este y el Oeste, han descubierto que la seguridad operativa estricta no es ni rentable ni deseable, ya que la exposición tanto parcial como retardada puede servir a los intereses del atacante. No es casualidad que la desinformación se moviera entre las sombras y no en la completa oscuridad. Muchas veces, al menos desde los años cincuenta, el aspecto secreto de una campaña de desinformación solo era mera apariencia, imperfecto y temporal a propósito.

Asimismo, la desinformación no es simplemente información falsa, al menos no necesariamente. Algunas de las medidas activas más maliciosas y eficaces de la historia de las operaciones encubiertas fueron concebidas para facilitar información totalmente cierta. Por ejemplo, en 1960, los servicios secretos soviéticos elaboraron un panfleto que contaba linchamientos reales y otros espantosos actos de violencia racial contra afroamericanos desde Tennessee hasta Texas; después el KGB distribuyó versiones del panfleto en inglés y en francés en más de una decena de países africanos, bajo la tapadera de un falso grupo activista afroamericano. En fecha más reciente, los servicios de inteligencia han facilitado datos auténticos, hackeados y filtrados, a WikiLeaks. Incluso cuando no hubo ninguna falsificación ni se alteró el contenido, las grandes verdades estaban a menudo flanqueadas por pequeñas mentiras, ya fuera sobre la procedencia de los datos o sobre la identidad de quien los había publicado.

Por último, las operaciones de desinformación no siempre tienen lugar en público. Algunas medidas activas sumamente exitosas llegaron al destinatario elegido sin haber sido divulgadas en un periódico, un programa de radio o un panfleto, y a veces fueron más eficaces precisamente por esa misma razón. El KGB denominaba este tipo de operaciones medidas «silenciosas».[8] Una de las operaciones más espectaculares de todos los tiempos fue una medida silenciosa: los resultados, urdidos por la Stasi, de la primera moción de censura parlamentaria celebrada en Alemania Occidental en abril de 1972, que permitieron, contra todo pronóstico, que el canciller mantuviera el po-

der. Las víctimas particulares tendrán más dificultades para hacer caso omiso de un rumor o una falsificación que nunca estén sometidos al escrutinio público y las críticas.

Este libro extraerá tres argumentos principales de la historia de la desinformación en el siglo pasado. El primer argumento es conceptual. Las campañas de desinformación a gran escala son ataques contra un orden liberal epistémico o un sistema político que deposita su confianza en guardianes esenciales de la autoridad fáctica. Estas instituciones (las fuerzas de orden público y el sistema de justicia penal, la administración pública, la ciencia empírica, el periodismo de investigación, las agencias de inteligencia controladas democráticamente) valoran más los hechos que los sentimientos, las pruebas que las emociones, las observaciones que las opiniones. Encarnan un orden epistémico abierto, que permite un orden político liberal y abierto; el uno no puede existir sin el otro. Por ejemplo, para que haya una transición del poder pacífica después de unos comicios disputados es necesario confiar en la organización, las infraestructuras, los procedimientos de escrutinio y la cobertura mediática de las elecciones, todo ello en un momento de gran incertidumbre y fragilidad política. Las medidas activas erosionan ese orden. Pero lo hacen tan lentamente, tan sutilmente, como el hielo al derretirse. Esta lentitud hace que la desinformación sea mucho más insidiosa, ya que cuando se erosiona la autoridad de las pruebas, ese hueco lo llenan las emociones. A medida que se vuelve más difícil diferenciar entre hechos y no hechos, también resulta más fácil distinguir entre amigos y enemigos. La línea entre la verdad y la mentira es una continuación de la línea entre la paz y la guerra, tanto a escala nacional como internacional.

Las operaciones de desinformación, en esencia, erosionan los cimientos mismos de las sociedades abiertas, no solo para la víctima, sino también para el autor. Cuando inmensas burocracias secretas practican el engaño sistemático a gran escala y durante mucho tiempo, optimizan su propia cultura organizativa con este fin y menoscaban la legitimidad de la administración de su país. La manera en que una sociedad enfoca las medidas activas es una prueba de fuego para sus instituciones republicanas. En el caso de las democracias liberales en particular, la desinformación representa una doble amenaza: estar en el extremo receptor de las medidas activas socavará las instituciones democráticas y ceder a la tentación de idearlas y utilizarlas tendrá el mismo resultado. Es imposible sobresalir en la desinformación y la demo-

cracia al mismo tiempo. Cuanto más fuerte y robusto es un cuerpo político democrático, más resistente será a la desinformación, y más reacio a usarla y optimizarla. A su vez, las democracias debilitadas sucumben más fácilmente a la tentación de las medidas activas.

El segundo argumento es histórico. Cuando se trata de medidas activas encubiertas, la equivalencia moral y operativa entre el Oeste y el Este, entre democracias y no democracias, solo existió durante una década después de la segunda guerra mundial. La habilidad de la CIA en la guerra política fue significativa en los años cincuenta, sobre todo en Berlín, y fue equiparable, en la práctica, a la *dezinformatsiya* soviética o incluso más eficaz. Los organismos de inteligencia occidentales evitaron pocos riesgos, utilizando intermediarios, organizaciones fachada, filtraciones y falsificaciones, así como un inteligente equilibrio entre desmentidos y semidesmentidos. Pero justo cuando la CIA había perfeccionado sus habilidades en la guerra política en Berlín, los servicios de inteligencia estadounidenses se retiraron casi por completo del campo de batalla de la desinformación. La construcción del muro de Berlín en 1961 hizo algo más que bloquear el desplazamiento físico entre el Oeste y el Este; también pasó a simbolizar una división cada vez más acentuada: el Oeste frenaba la escalada mientras el Este la intensificaba.

El tercer argumento de este libro es que la revolución digital alteró de manera fundamental la actividad de la desinformación. Internet no solo hizo que las medidas activas fueran más baratas, más rápidas, más reactivas y menos arriesgadas; también, por decirlo en pocas palabras, hizo que las medidas activas fueran más activas y menos moderadas. La aparición de nuevas formas de activismo y de nuevas modalidades de acción encubierta ha provocado que las operaciones sean más escalables, más difíciles de controlar y más difíciles de evaluar una vez que han sido puestas en marcha.

La aparición de los ordenadores conectados en red propició una cultura del hackeo y la filtración más amplia. A finales de los años setenta surgió un grupo difuso de activistas a favor de la tecnología y en contra de los servicios de espionaje que cobró impulso a finales de los años noventa y liberó torrentes de pura energía política durante la década siguiente. Los primeros activistas hippies aprovecharon el poder del activismo de la Primera Enmienda en Estados Unidos y más tarde incorporaron tendencias del utopismo tecnológico, la subcultura hacker, el ciberpunk, el anarquismo de corte libertario, el antiautoritaris-

mo y la obsesión por la encriptación y el anonimato. Muchos de los primeros activistas de la criptografía y el anonimato pasaron a ser conocidos como *cypherpunks*, por el nombre de una famosa lista de correo electrónico. El segundo número de la revista *Wired*, publicado en mayo de 1993, mostraba en portada a tres de estos «criptorebeldes» con el rostro cubierto por máscaras de plástico blancas con claves impresas en la frente y el cuerpo envuelto en la bandera estadounidense. Diez años más tarde, el movimiento Anonymous, que encarnaba muchos de los mismos valores rebeldes, adoptaría como sello máscaras casi idénticas de Guy Fawkes. Una década después, Edward Snowden, el emblemático analista de inteligencia y filtrador que combinaba igualmente la creencia en el poder de la encriptación e ideas libertarias, también apareció envuelto en la bandera estadounidense en la portada de *Wired*. El emocionante optimismo del movimiento se manifestaba en sus lemas y temas: que la información quería ser libre, las fuentes abiertas y el anonimato protegido y los secretos personales encriptados por defecto, pero los secretos del Gobierno podían ser revelados por denunciantes, preferiblemente de forma anónima, en redes P2P. Gran parte de este idealismo fue y es positivo y, en muchos sentidos, los proyectos de los activistas han contribuido a fortalecer la seguridad de la información y la libertad en internet.

Y sin embargo, en los márgenes, esta subcultura emergente adoptó una combinación de transparencia y anonimato radicales, junto con el kackeo y la filtración, el robo y la publicación, y con ello creó algo que antes solo había existido temporalmente: la tapadera perfecta para las medidas activas y no solo gracias al ruido blanco de la publicación anónima, desde los torrents hasta Twitter. Lo que hizo que la tapadera fuera perfecta fue la cultura de la fama que rodeó primero a Julian Assange, luego a Chelsea Manning y por último a Edward Snowden. Estos autodenominados denunciantes fueron ampliamente idolatrados como héroes; sus partidarios los veían como personas inquebrantables y de principios frente a la opresión.

La situación fue un sueño hecho realidad para los profesionales de la desinformación de la vieja escuela. Internet primero restaba poder al periodismo y luego potenciaba el activismo. A principios de la década de 2010, era más fácil que nunca aprobar, amplificar, mantener y negar medidas activas, y más difícil que nunca contrarrestar o eliminar los rumores, las mentiras y las teorías de la conspiración. Internet ha hecho que las sociedades abiertas estén más abiertas a la desinformación

y los espías extranjeros empezaron a disfrazarse con máscaras de Guy Fawkes. La cultura activista de internet envolvió lo que solía ser una oscura táctica de inteligencia en un manto nuevo y barriestrellado de criptolibertarismo.

La otra característica que hizo más activas las medidas activas fue una importante innovación operativa: en la década de 2010, las medidas activas se solapaban a la perfección con las acciones encubiertas. Los ordenadores conectados en red, con sus vulnerabilidades integradas, permitían que la información ya no fuera dirigida únicamente a las mentes; ahora también podía hacerlo a las máquinas. Durante mucho tiempo se había podido convencer, engañar o incluso comprar a quienes publicaban contenidos, pero ahora también se podían hackear, alterar o dañar sus plataformas. Además, las máquinas oponían menos resistencia que las mentes humanas. Incluso se podían amplificar técnicamente las medidas activas, utilizando cuentas semiautomatizadas y *bots* totalmente automatizados. Las máquinas crearon el equivalente online a las risas enlatadas de un programa de televisión grabado en estudio. Además, ahora se podía irrumpir en las redes informáticas para conseguir efectos que antes requerían una mano humana, como manipular o incapacitar infraestructuras, logísticas o cadenas de suministro. En definitiva, la automatización y el hackeo pasaron a ser extensiones del manual de medidas activas: se ejecutaban de forma remota, se negaban a un coste mínimo y no empleaban la violencia física. La línea entre la subversión y el sabotaje se volvió más borrosa, y las operaciones más fácilmente escalables y más difíciles de disuadir. Internet, con su propia cultura, creó una nueva y vasta interfaz humano-máquina que parecía optimizada para la desinformación masiva.

Sin embargo, no todo era de color de rosa para las agresivas agencias de inteligencia. Sí, la manipulación de contenidos malintencionados y el malware hicieron que las medidas fueran más activas, pero internet exacerbó un viejo problema de los espías. Como todas las burocracias, las organizaciones secretas anhelan los indicadores y los datos para demostrar lo bien que funcionan en la incesante competencia gubernamental por los recursos. Naturalmente, esta dinámica de «muéstreme los datos» también se ha aplicado desde hace mucho tiempo a la desinformación. «El deseo de obtener un éxito rápido, fácilmente visible y audible, a veces convierte a los servicios de inteligencia en víctimas de su propia propaganda y desinformación», observó Bittman, el desertor checo, a principios de los años setenta.[9] Cuaren-

ta años más tarde, en la década de 2010, el volumen de los datos era enorme, el número de interacciones se había disparado y el hambre de indicadores era más feroz que nunca. Sin embargo, la desinformación seguía resistiéndose, intencionadamente, a los indicadores. Si más datos solía significar más indicadores fiables, entonces internet tuvo el efecto contrario en el viejo arte de la guerra política: los indicadores de la desinformación digital eran, en buena medida, ellos mismos desinformación. Internet no aportó más precisión al arte y la ciencia de la desinformación; hizo que las medidas activas fueran menos moderadas: más difíciles de controlar y de orientar, y más difíciles de aislar los efectos diseñados. Como consecuencia, la desinformación se volvió aún más peligrosa.